

Pedro con esa inquietud de sueño de los hombres que viven en el peligro, despertó, pero sin otro movimiento que el de abrir los párpados; entónces vió perfectamente al mulato, y fingiendo un movimiento cualquiera, desenvainó el puñal.

Lino se retiró á observar, miéntras que su soñada víctima volvió á tomar la actitud del sueño.

Tornó el bandido á serpear, hasta ponerse junto al negro; este no se movio esperando el momento.

Lino comprendió que las ligaduras impedían cargar con el tambor, sacó su puñal afilado, y comenzó á deslizarlo sobre las correas con un éxito admirable. Ya estaba al concluir su operación, cuando el negro le asestó una puñalada de muerte, que le atravesó el corazon.

Ni el ronquido del estertor, ni un último suspiro, arrancado á la fuerza del golpe, nada se escuchó en el silencio de aquella noche: no hubo agonía, porque la herida habia sido terrible.

—Ah ladron! murmuró el negro, me querias robar mi dinero, ya llevaste tu merecido.

No hay personas mas defensoras del derecho de propiedad que los ladrones.

Pedro sin impresionarse por aquel lance, se puso á registrar los bolsillos de Lino, donde encontró una gran cantidad de oro.

—No ha estado mala la presa, envolvamos á este majadero en su *zarape* y no hay que despertar á los compañeros.

Pedro acostó perfectamente al asesinado, le cubrió la cara con el sombrero, y á la madrugada emprendió su camino mas alegre que una golondrina.

Lino habia muerto como el mayor número de los bandidos, por mano de sus cómplices.

CAPITULO VII.

EL REY MONJE.

I.

Ahí esta Guadalajara, esa ciudad aristócrata y distinguida, capital de todas las que se avanzan hácia las arenas abrasadas del Pacífico, señora de aquellas montañas y llanuras que perpetúan los recuerdos de la conquista y las glorias de nuestra patria, matrona orgullosa, mojado sus sandalias en las ondas tumultuosas de su Tiber, rival altiva desde sus primeros dias de la jóven Tenoxtitlan y emblema fantástico de una libertad sin horizontes!-----

Guadalajara recibe á los independientes con coronas de laureles y ramos de oliva, y el caudillo de aquellas regiones planta sobre sus altas torres el oriflama de la libertad.

El bravo Antonio Torres, al frente de su ejército, tomó posesion de aquella tierra sin marcar su tránsito con el reguero de sangre que era la estela que seguia á la revolucion.

Aquel héroe cuya generosidad era reconocida por sus adver-

sarios, era un leon en los combates y el destino le tenia dispuesto un apoteosis suntuoso sobre el cadalso.

Dos años despues en el mismo teatro de su gloria, se levanto un patibulo de dos cuerpos, y el 23 de Mayo de 1813 subió el valiente Torres al tablado, con la frente erguida y luminosa. Aquel terrible drama era digno de un héroe.

Mártir de la libertad, su cabeza cayó á los pies de sus verdugos y su sangre empapó la tierra.

No satisfecho aún el rencor humano, cebóse en el cadáver *descuartizándole*.

El cuarto del brazo derecho se envió á Zacoalco, el otro á la garita de Mexicaltzingo de aquella ciudad, punto por donde hizo su entrada, otro á la del Carmen, y el último á la de San Pedro.

Aquellos miembros mutilados estuvieron durante cuarenta dias á la espectacion pública y despues fueron arrojados al fuego.

La saña de los hombres tiene mucho de la de las fieras. La casa del héroe fué derribada y los terrenos que la circunvalaban sembrados de sal.

¡Miserable parodia de los conquistadores de Tierra Santa!

Antonio Torres, el que á la voz de su patriotismo hizo levantar los pueblos de Colima, los planes de *Tierra Caliente*, Sayula y Zacoalco, el que con la punta de su espada trazó un plano sobre la tierra para explicar su plan de batalla á los rudos campesinos que formaban su ejército, vivirá, á despecho de sus verdugos, en las páginas de la historia.

Se resiste la pluma á manchar estas hojas consignando los nombres de los que firmaron aquella fatal sentencia!

II.

El cura Hidalgo se avanzó en diez jornadas hasta Guadajaja-

ra, recibiendo en los pueblos todos del tránsito las ovaciones mas grandes que pueden tributarse al libertador de un pueblo.

Dicen los cronistas que "el dia 24 de Noviembre salieron de Guadalajara veintidos coches á la hacienda de Atequizar, con órdenes de aquel gobierno para recibir á Hidalgo: llegó á San Pedro Analco, donde se le dió un banquete espléndido, y á la tarde, concluido el *coro* se presentaron los canónigos á felicitarlo.

"Al siguiente dia, se formó toda la tropa en dos alas con la infanteria á retaguardia, hasta la puerta de la iglesia catedral, donde estaba el batallon de Guadalajara: seguian la comitiva cien coches, las calles estaban pobladas de gente, y adornadas con colgaduras y banderas.

"En la puerta de la iglesia habia un altar portátil: el dean salió á dar agua bendita hasta dicha puerta; llegó Hidalgo hasta el presbiterio, y se cantó el *Te Deum*.

"Salió despues á pié en procesion hasta palacio, en cuyo salon principal habia un dosel, bajo el cual se sentó y recibió á las corporaciones que le felicitaron con grandes arengas, á todos los que correspondió cumplidamente; pero mucho mas se esmeró cuando respondió á la de los colegios."

Conmovióse el héroe á la vista de aquella juventud; ella debia realizar el pensamiento de la independenciam, ella formaria la pléyade que debia avanzar hasta nuestros dias con el lábaro de la libertad! ---- allí estaban nuestros padres, ellos escucharon de los labios de Hidalgo los vaticinios que auguraban la nacionalidad mexicana; sí, ellos, que nos han trasmitido aquella revelacion misteriosa del destino y que nosotros guardamos en la arca de oro de nuestra fe y nuestro patriotismo!

Aun se escucha al traves de medio siglo aquella voz soberana. "Levantaos, almas nobles de los americanos, del profundo abatimiento en que habeis estado sepultados, y desplegad todos los resortes de vuestra energía y de vuestro valor, haciendo ver á todas las naciones, las admirables cualidades que os adornan y la cultura de que sois susceptibles! . . . En vista, pues,

del sagrado fuego que os inflama y de la justicia de vuestra causa, alentaos, hijos de la patria, que ha llegado el día de la gloria y de la felicidad pública de América!" ----

Pasarán cien y cien generaciones sobre la haz de la tierra americana, y el acento de Hidalgo vivirá entre nosotros como la voz del Salvador al través de diez siglos!

III.

El general Allende llegó con el ejército á Guadalajara, despertando el espíritu patriótico y nunca desmentido de aquella ciudad.

Víctores, músicas, un concurso inmenso de pueblo, y la sociedad mas distinguida, salió al encuentro del jóven héroe, siendo Hidalgo el primero en rendirle sus homenajes al mas querido de sus compañeros.

—Aun vive la revolucion! murmuraba Allende, y en su semblante resplandecía la luz de la esperanza.

Ocupáronse en organizar el ejército, en la fundicion de cañones, en el invento de proyectiles, siendo los mas notables los cohetes que hoy se llaman á la *Congreve* y las granadas pequeñas arrojadas por las hondas.

Hay una accion que haria honor á la heroicidad antigua, como fué la de trasportar á brazo las piezas de grueso calibre en un trayecto de mas de cien leguas y atravesando barrancas inmensas y alturas y precipicios que conservan aún la memoria del trágico fin de Pedro de Alvarado el conquistador.

Quien haya visto el camino de San Blas á Guadalajara, ó estudiado ese trayecto en la carta geográfica, no podrá contener su asombro ni un arranque de noble admiracion hácia esos patriotas que consumaron tan gigante empresa!

Será objeto de otro libro la descripcion de tantos combates y

acciones heróicas que forman la epopeya de tan sublime revolucion; vamos sobre la huella luminosa de los primeros caudillos y en nuestra próxima obra abarcaremos mayores horizontes.

El caudillo creyo oportuno dar á la revolucion una forma política y organizó un gobierno, nombrando ministro de Estado y del despacho al señor don Ignacio Lopez Rayon, jóven de alta capacidad y de valor, que habia acompañado al ejército en la jornada de las Cruces.

El ministerio de gracia y justicia fué conferido á don José María Chico, abogado, y presidente de la audiencia de Guadalajara.

Nombróse embajador á los Estados-Unidos á Ortiz Letona, para que procurara el reconocimiento de la independenciam, é hiciese un pacto de alianza ofensiva y defensiva con la gran república.

El enviado cayó en poder de los españoles, y tomó un veneno para librarse de un juicio y del cadalso.

Enviaronse espediciones á la Sonora y á otros puntos del territorio, y comenzó á jugarse el arma mas terrible de la civilizacion actual, la *imprensa*.

Publicóse el *Despertador Americano*, en el que combatió Hidalgo el edicto de la Inquisicion, confundiendo á sus enemigos y expresando el significado neto de su revolucion.

Estos escritos llegaron á todas las ciudades y se leian con avidez en la misma capital, á pesar de las excomuniones y de las leyes penales; ellos desmienten todas las invenciones del gobierno colonial, atribuidas á los caudillos, para infamarlos aun despues de su muerte.

El gobierno de Hidalgo estaba fuerte y lleno de prestigio, las noticias mas halagadoras se recibian y todo auguraba el triunfo decidido de la guerra independiente.

Allende era organizador por excelencia, los Aldamas, Jimenez y Abasolo no descansaban un solo instante, buscando armas, improvisándolas, inventándolas, porque el ejército de Ca-

lleja ufano con sus victorias se adelantaba hácia las posiciones y muy en breve se libraria una batalla.

IV.

El 11 de Diciembre de ese año de 1810 un gran tumulto se agolpó frente al palacio de Hidalgo.

—Mueran los conspiradores! gritaba la multitud.

—Mueran!

—Mueran! respondian las mismas voces con un furor desesperado.

—Qué pasa, amigo mio? preguntó Marroquin á Saca-vueltas.

—Que se ha descubierto una conspiracion de los españoles que están presos en el Seminario y Colegio de San Juan.

—Malditos gachupines!

—Querian asesinar al cura Hidalgo y á los generales.

—Es decir, formar un tumulto.

—Precisamente.

—Dicen que ya está cerca Calleja y que se las hemos de pagar.

—No será malo tomarles la delantera.

—Marroquin, tú siempre estás dispuesto á la matanza.

—Siempre, y no he de perdonar ni á uno solo de esos malditos.

—Y al capitán don Félix?

—Esa es mi excepcion.... Demonio! y la bruja tarda demasiado.... si me cumple su palabra, te juro que será la última, no vuelvo mas á desenvainar la espada.

—Dónde se habrá metido el inquisidor?

—No importa, de las entrañas de la tierra lo sacaré la vieja.

—Lo creo como lo dices, y ando asustado desde aquella noche en que se nos apareció.

—Ya somos de confianza; no obstante, cuando veo brillar sus ojos de raposa y oigo que se chupa los labios enjutos, me pasa un calofrío de muerte.

—Te confieso que tienes un valor á toda prueba, yo no continuaria en tratos con ella.

—Si ya no hay Inquisicion.

—No importa, le tengo mas miedo que al ejército de Calleja.

—Yo estoy seguro de que me traerá á ese condenado, y aunque despues se lleve mi alma el diablo.

—Ave Maria! tú estás desesperado.

—Ya hace tiempo.

—El tumulto continúa.

—Entremos á palacio á tomar lengua.

Los toreros se echaron á andar entre aquel maremagnum de gente que pedía á gritos la cabeza de los europeos.

Entre tanto Hidalgo habia reunido á sus ministros y generales.

—Señores, he aquí los documentos que prueban la complicidad de los europeos como autores de una contra-revolucion. Calleja ha salido sobre Guadalajara, y estos hombres meditaban entregarle nuestras cabezas.

—Señor Hidalgo, dijo Allende, es necesario hacer un escarmiento, pero un escarmiento terrible.

—Señor, dijo Jimenez, yo no sé que decir á mis soldados, cuando me recuerdan las ejecuciones ordenadas por Calleja; la mayor parte de ellos son de Guanajuato, y han visto subir á la horca á sus padres, á sus hermanos, á sus amigos, y si se pretende contener su venganza, acabarán por desertar de nuestras filas.

—Señores, replicó Hidalgo, la sangre me horroriza, la he vertido en los campos de batalla porque la guerra es la destruccion; he apelado á algunas ejecuciones en el último extremo y hoy me encuentro decidido á reprimir á los conspiradores, con

toda esa energía que pone en mi ánimo el lugar que ocupo en el gobierno de América.

—Lo primero, añadió Aldama, es alejar de nuestro campo la semilla fecunda del motin, conservar nuestro ejército y la existencia de los hombres que llevan en sus hombros la terrible carga de esta revolucion.

—Yo no veo, dijo Allende, en este negocio un interes personal; sé que la revolucion no se detendria por nuestra muerte; pero sí la pone en un gran peligro; ademas, no tenemos derecho á perdonar á esos hombres, que al verse libres tornan á empuñar las armas en nuestra contra, de esto hay ejemplos todos los dias.

—Parece que en ese punto nuestras opiniones son uniformes, dijo Abasolo.

—No daré el espectáculo de Calleja en Guanajuato, continuó Hidalgo, porque aquí no hay á quienes aterrorizar; haré desaparecer en el silencio á nuestros enemigos sin necesidad de patibulos, la razon de Estado es superior á nuestros sentimientos; ántes de proceder, examinad los documentos, no quiero que la historia nos acuse como á nuestros enemigos.

Allende y los otros caudillos examinaron detenidamente los documentos, que eran nada ménos que una correspondencia con Calleja y el plan de los trabajos revolucionarios; ademas, proclamas y papeles subversivos que no dejaban duda sobre el atentado que iba á cometerse.

Cierto es que aquella inquisicion no podria nivelarse con un juicio; pero las causas políticas ceden al temperamento de la situacion.

Es preferible esta conducta á la formacion de una causa, cuando se sabe de antemano que la sentencia ha de ser condenatoria.

Los espectáculos terribles que habian presenciado aquellos hombres, les habian dado una serenidad siniestra.

Ignoraban hasta el número de los sentenciados, lanzaban el rayo de exterminio en la oscuridad de las prisiones sobre una

masa de hombres que debia desaparecer ---- y desaparecia en el mar tenebroso de la muerte!

Allende agitó la campanilla.

—Señor ayudante, dijo á un oficial, haced que entre Marroquin.

A pocos momentos el torero se presentó en el gabinete.

—Disponed una escolta, dijo Hidalgo, y desde esta noche sacareis en secciones á los prisioneros del Seminario y el colegio de San Juan y los ejecutareis en la baranca del Salto.

Una alegría feroz irradió en el semblante de Marroquin.

—Aquí teneis la órden para las prisiones.

—Cuidad de la reserva, dijo Allende.

El torero inclinó la cabeza y saludando á los generales salió de la estancia á dar rienda suelta á su despecho, cebando en las víctimas su furor insaciable de sangre y de matanza.

Hidalgo se quedó solo hundido en la mas séria contemplacion, meditando hasta que abismo lo habia lanzado la ferocidad de sus adversarios.

Despues hizo llamar á don Roque Abarca, militar instruido en la ciencia de la guerra, y se puso á discutir con la mayor tranquilidad y reposo sobre varios puntos de la estrategia.